

LA FIGURA DEL PROFESOR LUIS RECASÉNS SERRANO

POR EL

DR. VITAL AZA Y DÍAZ

MADRID

AL hablar de Luis Recaséns no diremos que le evocamos, pues está tan próximo y unido a nosotros, que nos duele y sangra el desgarrón de su muerte reciente.

Quiero ante todo hablaros de Luis Recaséns, con el que conviví tantos años en el diario trabajo de la clínica de su padre, y maestro de los dos, el profesor Sebastián Recaséns, a cuyo lado, primero como alumno interno, como profesor clínico y auxiliar de cátedra más tarde, tantos años pasé todos al lado de Luis, conviviendo afectiva, cordialmente, pues si el llegar a ser sexagenario tres años de diferencia —los que yo le llevaba— puede representar un posible matiz de diferenciación biológica..., una cifra más alta en el oscilómetro, unos centigramos más de urea, o una mayor hipertrofia prostática, en la juventud lo mismo daban mis años que los suyos. Era el hijo de nuestro maestro, estaba en la clínica de su padre como en su propia casa, y si en algo se conocían estas prerrogativas, era cuando, uniéndose a nosotros en algún error cometido, en un olvido de algo que se nos ordenara, intentaba y conseguía que la riña de don Sebastián fuera menos agria.

Vivía Luis Recaséns la juventud en todo su esplendoroso poderío, y sin desertar de su puesto en la clínica, ni dejar de cumplir sus deberes, se vertía jocundamente en la vida y, sin tartufismos ni dobleces, dejaba correr la vena de su talento, de su actividad, de sus afectos juveniles, sin que soterrados y marchitos se le filtrasen acibarándole el ánimo y agriando su espíritu.

En el quirófano, tres veces por semana, desde las ocho a las once, turnábamos en la ayudantía al profesor Recaséns, y recibíamos de él la gracia y el honor de terminar las intervenciones, o las realizábamos nosotros solos, ayudándonos Luis y yo, recíproca y eficazísimamente.

Desde el principio acusó su gran dominio técnico, su habilidad quirúrgica y, sobre todo, el enjuiciar lo que había que hacer... y lo que convenía mejor no realizar, y qué camino anatómico debíamos seguir en casos difíciles, en los que la trayectoria quirúrgica no debía conducirse por las rutas ordinarias. Aplicar la técnica con una buena y oportuna *táctica*, eso es lo que da

Texto del discurso pronunciado en la sesión necrológica celebrada en la Sociedad Ginecológica Española en memoria del profesor Recaséns.

personalidad clínica, aun a los que no poseen una gran habilidad manual, y eso fué lo que a Luis —que tenía «buenas manos», como se dice en el argot operatorio— le ungió, desde el principio, con el acierto de un perfecto cirujano, no de un operador al dictado. Sin que para el ambiente quirúrgico lo dictara, claro está, el gran poeta Antonio Machado, al decir: «Caminante, no hay camino; se hace camino al andar», este consejo, esta admonición, es bien cierta en el ejercicio operatorio, y el saberla sentir y ejecutar otorga el título de perfecto cirujano. La enferma que operábamos por delegación de nuestro común maestro, ofrecía una ginecopatía tal vez diferente de la diagnosticada; se había previsto hacer tal o cuál técnica operatoria, pero... la realidad clínica, bien interpretada y sentida por Luis Recaséns, le trazaba una línea de conducta diferente; no se nos exigía operar al dictado, claro está, y en la cabeza de Luis Recaséns surgía, afortunada y espontáneamente, la *táctica* con la que sus conocimientos técnicos iban a actuar.

Luis Recaséns no hizo su ruta escolar «bajo la pesadumbre del número 1», como dice Marañón (que, paradójicamente, fué tantas veces y en todo el número 1, sin verse nunca agobiado ni disminuído en su personalidad), aunque no tuvo tampoco baches ni tropiezos, pero viviendo, como ya señalábamos, la juventud en todo su poderío; el amor fuerte e impetuoso le llevó al matrimonio antes de cumplir sus deberes militares, y desde entonces surgió un Luis Recaséns consagrado al estudio, buscando una ruta por el camino de las oposiciones, e hizo las de jefe del Servicio de Ginecología en un hospital norteño, actuando con gran brillantez, creyendo él, y los que asistimos a sus ejercicios, que ganaría la plaza. Sin la pasión que los años enfriaron, seguimos creyendo ahora que sí, que la ganó... aunque no se la dieran, y con las reacciones violentas de su carácter, al encontrarse, pocos días después del fallo, con el que más había directamente influído en el dictado, discutió... discutieron..., y Luis rebasó quizá los límites; hubo *más que palabras*... Quizá no hizo bien...; «pero quien no tiene el espíritu de sus años, no tiene espíritu».

Una vez más se vió cómo «la Providencia escribe derecho en renglones torcidos», pues el no haber obtenido aquella plaza le hizo ganar después, continuando fervorosa y tenazmente sus estudios, la cátedra de Ginecología de la Universidad de Zaragoza.

Es quizá ahora el momento de recordar (por los muchos años transcurridos, sí podríamos decir evocar) a cuantos rodeábanle a diario en la clínica de Ginecología de San Carlos, fueron influyendo en él y cómo discutiendo él con ellos, en provechosa esgrima de palabras y hechos, se fueron tallando las facetas de la personalidad ginecológica del que había de ser el profesor Luis Recaséns.

Ricardo Becerro de Bengoa, clínico magnífico, persona de talento extraordinario, de palabra aguda y oportuna siempre, y a veces mordaz en las réplicas en los debates académicos, había sido alumno de don Sebastián Recaséns cuando éste ganó su cátedra en Madrid, y a su lado estuvo hasta que la muerte lo arrebató en pleno éxito profesional —nadie trabajaba más que él en la clientela madrileña—, cuando acababa de cumplir 34 años. Tenía para Luis Recaséns el cariño y la autoridad de un hermano mayor, y con él se enfrentó en provechosas y cordiales polémicas sobre casos clínicos o procedimientos quirúrgicos, siendo un gran elemento para que la personalidad de Luis se afirmara sobre los mejores cimientos.

Alejandro Otero, que había sido interno y colaborador del profesor Varela Radío, en Santiago, llegó, por motivos sentimentales que no quiero ahora ex-

plicar, al lado del profesor Recaséns, y allí preparó sus trabajos para opositar, triunfalmente, a la cátedra de Granada, haciéndose la primera figura de la especialidad en toda Andalucía. Otero acababa de visitar las clínicas alemanas y vienesas, y, bien impregnado de sus técnicas, las practicaba a nuestro lado, y Luis las *filtraba* luego a través de su temperamento, dándoles una vivacidad, una rapidez, que antes no tenían.

Alejandro Otero, a quien juzgamos teniendo en la memoria otros nombres bien queridos y justísimamente elogiados, como el mejor ginecólogo contemporáneo..., con el grave defecto de no haber dejado rastros bibliográficos de su gran experiencia y talento, fué perdido para España por la resaca de la guerra civil. En Méjico se impuso como el maestro inigualado que siempre había sido, y vivió triunfador..., con la amargura de pensar siempre en España, con la morriña exacerbada de querer volver..., y volvió al fin... Su cuerpo yace bajo la tierra meiga y húmeda de Redondela, su pueblo natal, adonde fué traído hace bien poco, al cabo de unos meses de su muerte repentina, en la República mejicana.

Allí está también, y ha de ocupar seguramente el puesto de Otero, ascendiendo del que ya tenía desde que, por los embates de la guerra civil, se marchó de España, Torre y Blanco, que convivió con nosotros y, por consiguiente, con Luis desde sus años de interno en la Facultad, y uno de los mejor dotados para el éxito, de los ginecólogos madrileños. Luis y yo teníamos grandes *agarradas* con él. Los tres éramos de dinamismo excesivo de palabras, y obras quizá violentas; pero nadie nos estimaba más que nosotros lo hacíamos mutuamente.

En la Academia Médico Quirúrgica, cuando la presidía el profesor Leonardo de la Peña, duraron varios días las discusiones sobre el tema oficial dado por la presidencia (adelantándose a los años), de «La terapéutica hormonal en ginecología», y parecía que iba a tener que intervenir, no la autoridad presidencial —que ya lo hacía a campanillazos repetidos—, sino la gubernativa. «No llegó la sangre al río»..., y nos abrazábamos con el presidente en el banquete con que se festejaba la terminación de los debates.

José Blanco, el hoy jefe superior de la Sanidad castrense, acababa de traducir el «Stoeckel», estaba empapado en todas las revistas ginecológicas alemanas, conociendo a la perfección el idioma, y a diario, en la clínica, mientras trataba de familiarizarse prácticamente con lo que tan a la perfección conocía, cambiaba con Luis Recaséns conocimientos y citas bibliográficas, obtenía de él comentarios y apostillas bonísimas y fué (estamos seguros que nadie mejor que Luis lo sabía) un bonísimo elemento al aportarle datos y conocimientos de la última hora científica, para sus lucidísimos ejercicios a la cátedra que ganó justamente.

García Orcoyen, por fortuna para él, era..., y sigue siendo, doce o trece años más joven que Luis Recaséns y que yo; era el estudioso y concienzudo interno de la clínica; nos hacía conocer los datos y diagnósticos anatomopatológicos de los casos que se operaban, e iba así formando sus cimientos, bien sólidos, para llegar a ser, no una rama del árbol del que todos procedíamos —don Sebastián Recaséns—, sino un magnífico émulo y sucesor feliz del mismo.

Hemos querido hacer esta atropellada y confusa enumeración de personas que rodeaban y rodearon muchos años a Luis Recaséns, no sólo porque de ellos recibió savia y jugo, como en ellos vertió las luces de su talento clínico, sino también porque ningunas voces más firmes y altas que las de ellos, los vivos y los muertos, los de aquí como los de allá, para decir, en esta sesión en

honor del profesor Luis Recaséns, recientemente fallecido, su pena de perderle y para proclamar sus excepcionales méritos.

Antes de que por su triunfo en las oposiciones de Zaragoza se marchara de Madrid, el ejercicio privado de su especialización lo realizaba también unido a nosotros en un modestísimo hotel de la calle de Ayala, entonces el número 92, donde, con la colaboración y asesoramiento administrativo de nuestro compañero Andrés Crespo, instalamos el *Sanatorio Ginecológico*.

La convivencia en este ambiente de ejercicio privado, motivo tantas veces de roces y enconos, transcurrió sin el menor disgusto, ayudándonos mutuamente en los actos quirúrgicos, como hacíamos en la clínica de la Facultad.

La estancia en Zaragoza del ya profesor Luis Recaséns coincidió con la del profesor José Estella en la cátedra de Enfermedades de la Infancia. Por este llorado maestro, con el que tuvimos fraternal amistad, y que convivió universitaria y afectivamente con Recaséns, los dos jóvenes de gran talento y simpatía, abiertos a toda expansión jubilosa... y sin lograr, de momento, romper la barrera que les aislaba de sus probables clientes, entregados a los distinguidos profesionales que de años atrás ejercían en aquella ciudad. Por Estella sabemos de las excepcionales condiciones de maestro que tenía Luis Recaséns... (y era testigo de mayor excepción quien esto afirmaba), pues como a ninguno de los dos les abrumaba, fuera del universitario, el trabajo profesional se escuchaban mutuamente en sus lecciones de cátedra.

Sería interesantísimo, lleno de provechosas enseñanzas, un paralelismo entre estos dos grandes profesores, los dos perdidos prematuramente para la enseñanza.

Conozco una inacabable serie de anécdotas pintoresquíssimas y graciosas, que no cito ahora porque podría parecer quizá, a algunos, inoportuno o impropio hacer reír en una sesión necrológica.

Su relativa inactividad profesional en Zaragoza no fué desaprovechada por Recaséns, y allí escribió su maravilloso libro de «Técnica quirúrgica vaginal», en el que describía, con la claridad y precisión de quien las ha vivido, una serie de intervenciones operatorias por vía vaginal, apoyada en la casuística de sus años de Madrid y de los que en su clínica oficial de Zaragoza venía practicando.

Fué Luis, con la influencia de Otero, quien *vaginalizó* nuestra operatoria en la Facultad, pues don Sebastián, hasta entonces, practicaba mucho más la operatoria abdominal que la vaginal, reducida casi a rafias en desgarros y prolapso y a la histerectomía, que cuando la practicábamos con ligaduras y no dejando las pinzas hemostáticas cuarenta y ocho horas, nos parecía ya un alarde técnico. No olvidemos la fecha en que ello ocurría, sin otra anestesia que la clorofórmica, sin transfusiones, ni curare, ni antibióticos. Luis hizo con su fervor, su afán innovador y sus grandes condiciones quirúrgicas, que su padre hiciera ya frecuentemente exéresis ampliadas (Wertheim Schauta) en las neoplasias de cuello.

Al dedicarme su libro, a finales de 1927, dice Luis: «A Vital Aza, en recuerdo de los sudores y angustias que hemos pasado al realizar en San Carlos *esto* que tan sencilla y fácilmente describo ahora.»

En Sevilla, donde había de triunfar tan completamente y en donde será difícilísimo que su sucesor pueda ser su sustituto, tuvo, durante varios años, obstáculos y violencias que al fin desaparecieron, pues su labor clínica en su servicio oficial, y las enseñanzas que sus alumnos, próximos médicos ya, asimilándolas con provecho, habían de propagar y difundir por toda Andalucía,

fué una fuerza de tan arrollador poderío, que puso al profesor Recaséns por encima de rutinas y prejuicios y le llevó a ser, no ya el profesor universitario brillante y eficaz, sino el especialista mejor cotizado y el definidor clínico de cuantos problemas se presentaban a todas las clases sociales de Andalucía.

Al nombrar al ilustre profesor que acabamos de perder, podrá llamársele todo, menos *malogrado*.

Se malogra lo que se frustra, lo que fracasa, lo que no se alcanza, y el profesor Recaséns tuvo y alcanzó todo lo que se propuso. De su padre, el gran fundador de la escuela ginecológica española, obtuvo la gloria de llevar a su cátedra la antorcha del éxito universitario que alumbró, en el padre y en hijo, los mejores caminos del triunfo. Logró consagración social plena; justo bienestar económico; una descendencia de hijos, orgullo legítimo para su hogar, en el que la inmolación del mayor de aquéllos —por las ciegas convulsiones de la contienda civil— puso un crespón de glorioso luto, y entre los que quizá llamará pronto a las puertas de la Universidad quien pueda ser el tercer Recaséns, profesor de Ginecología y Obstetricia...

Todo puede ser el profesor Recaséns, menos hombre malogrado. Su muerte ha sido, sí, prematura, quitándonoslo cuando aun podía seguir dando días de gloria para la enseñanza médica; pero su huella es ya tan honda, tan profundo el surco que su vida labró, que ninguna cosecha futura hubiera mejorado la que ya se logró.

He tratado de evocar el escenario y las personas que el profesor Luis Recaséns vivió, porque creo que en él y de ellas y con ellas se cuajaron todas sus cualidades magníficas de maestro. Y al evocarlas, como al citar a tantos que dieron luminosas lecciones, yo no podía dar otra que ésta de modestia y gratitud.